

en la mujer con una nueva gracia, con un nuevo resplandor, y admiraron y edificaron al mundo! No pudiendo ya ser mártir de la fe, se apresuró la mujer católica á probar su amor á Jesucristo y á la Iglesia, haciéndose voluntariamente mártir de la devocion, de la pobreza, de la abnegacion y de la caridad. Porque derramar la sangre por Jesucristo no es, dice San Jerónimo, el único modo de confesarle; servirle con una vida piadosa é inmaculada es tambien sufrir diariamente por Él un verdadero martirio (1). Al espectáculo de este nuevo martirio, de este mérito, de esta grandeza de la mujer católica vamos á asistir ahora, viendo lo que ella fué en la Iglesia, en la época de los Padres de la Iglesia.

TERCERA ÉPOCA.

LA ÉPOCA DE LOS PADRES, Ó LA MUJER CATÓLICA, VÍRGEN Ó MADRE, INSTRUYENDO Á LOS PADRES DE LA IGLESIA Y FORMANDO LAS COSTUMBRES CRISTIANAS.

§. XIX.— Los cuatro principales Padres de la Iglesia griega instruidos y auxiliados por las mujeres.— San Atanasio.— San Gregorio de Nacianzo.— Virtudes y muerte de Santa Nona, su madre.— San Basilio.— Santa Amelia, su madre, hace santos á todos sus hijos.— La virgen Santa Macrina, hermana de San Basilio, concurre tambien á santificar á sus hermanos.— Sus virtudes y su muerte celebradas por su hermano, San Gregorio de Niza.

La gloria de la mujer católica no fué ménos brillante en la tercera época de la Iglesia, en que el Cristianismo, saliendo victorioso de la ferocidad de los tiranos por el heroísmo de los mártires, triunfó de la perversidad y de las blasfemias de los herejes por el celo y la ciencia prodigiosa de los Padres. Despues de haber sido probada esta religion santa con el furor de las persecuciones, teniendo que sostener otros combates mucho más terribles en el ter-

(1) « Non solum effusio sanguinis in confessione reputatur, sed devotæ quoque mentis servitus immaculata quotidianum martyrium est. » (*De Laud. S. Paulæ.*)

reno de las doctrinas, suscitó Dios cuasi á un mismo tiempo un número prodigioso de doctores sublimes en todas las partes del mundo cristiano. ¡Grande y sublime espectáculo! En ninguna época de la humanidad se han visto tantos genios superiores como eran los Padres de la Iglesia, que, reuniendo en sí el talento más brillante y la ciencia más profunda y más universal á la virtud más heroica y más perfecta, sin conocerse unos á otros, se hallaron de acuerdo en la misma fe, animados del mismo espíritu y aspirando al mismo fin, que era la destruccion de todos los errores y el triunfo de todas las verdades. Pues bien; esos grandes hombres, á quienes la Iglesia debe la continuacion de sus tradiciones, la defensa de sus dogmas y el maravilloso desarrollo de sus doctrinas, deben mucho á su vez á la fe, á las virtudes, á los ejemplos y á las inspiraciones de las mujeres.

Muchos siglos ántes que un autor pagano hubiera dicho: « Los fuertes y los buenos nacen de los fuertes y de los buenos: *Fortes creantur fortibus et bonis* » (Horat.), la Escritura Santa, en un sentido tanto más sublime cuanto es más sencillo, habia dicho: « La generacion de los hombres rectos será bendecida: *Generatio rectorum benedicetur.* » (*Psal.*) Pues bien, este oráculo divino se cumplió de una manera especial en la época de los Padres. Unas santas mujeres fueron las que regeneraron y formaron á aquellos santos y grandes hombres. Esto se verificó, en primer lugar, con los cuatro principales Padres de la Iglesia griega, San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Basilio y San Juan Crisóstomo.

San Atanasio, esa columna de la Iglesia, ese vengador, ese mártir, ese nuevo evangelista de la divinidad de Jesucristo, fué un presente que su santa madre hizo á la Iglesia, ó más bien, Dios se sirvió de aquella grande cristiana para enriquecer á la Iglesia. Aquella piadosa madre se dijo á si misma: « Yo quiero, con el auxilio de Dios, hacer á mi hijo único el hombre de la Iglesia. » Ella puso los medios para conseguirlo, y lo consiguió.

Ella supo instruirle tan bien en la doctrina católica; ella le inspiró un amor tan tierno á Jesucristo y un celo tan ardiente por su religion, que Atanasio, siendo todavía niño, tenia el aspecto de un pequeño doctor, de un pequeño obispo, hallando su único recreo en imitar las funciones del sacerdote y del obispo entre los niños de su edad. Un solo pasaje nos hará conocer la educacion que este

admirable niño recibió de su madre. Cierta día, después de haber instruido á muchos de aquellos niños, todavía idólatras, y de haberles persuadido que se hiciesen cristianos, los bautizó á todos. San Alejandro, patriarca de Alejandria, hallándose casualmente en una ventana de su palacio, y habiendo presenciado esta escena, hizo llamar al pequeño Atanasio, y le preguntó: «¿Qué has hecho? — Nada, respondió el niño, más que lo que hace la Iglesia; yo he querido imitar á la Iglesia.» En efecto, encontrando el Pontífice que el bautismo había sido administrado según la intención y con todas las formas exigidas por la Iglesia, declaró que aquellos niños habían sido bien bautizados, y prohibió que se les bautizase de nuevo. (Surius, *in Vita.*)

Cuando, elevado más tarde á la silla patriarcal de Alejandria, se dedicó á combatir el arrianismo con el prodigio de su ciencia y con el poder de su palabra, las mujeres católicas le ayudaban con sus esfuerzos, excitaban su celo y sostenían su valor. Cuando le arrojaron de su silla, le destierran de su patria y le persiguen de muerte como á una fiera en África, en Asia y en Europa, por causa de su fervor y de su constancia en defender la divinidad del Salvador, las mujeres también son las que le ocultan á las pesquisas de sus enemigos; le alimentan, le consuelan y le proporcionan los medios para evadirse de los lazos que le tiende la herejía, conservando de este modo por mucho tiempo la vida de aquel poderoso atleta de Jesucristo, de aquel gran campeón de la Iglesia. Después veremos á la célebre Melania la Mayor dejar á Roma y dirigirse á Egipto, con el único objeto de cuidar á San Atanasio y velar por la conservación de sus preciosos días. No sabemos si un hombre ha hecho jamás otro tanto. Sólo la mujer católica es capaz de tanta abnegación.

San Gregorio de Nacianzo, llamado *el Teólogo* por la profundidad, la extensión y la ortodoxia de sus conocimientos en la ciencia de los libros santos; San Gregorio de Nacianzo, el oráculo de los obispos, el alma de los Concilios, el amigo de San Basilio, el maestro de San Jerónimo, la mayor lumbrera que ha aparecido jamás sobre la silla de Constantinopla; el más grande y el más célebre de los Padres griegos después de San Atanasio, y una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia universal, debió su grandeza á una mujer; porque habiéndole obtenido de Dios Santa Nona por sus ora-

ciones, y habiéndole consagrado á la Iglesia desde su nacimiento, lo instruyó según el espíritu de la Iglesia y lo hizo tan grande en la Iglesia. Hacia mediados del siglo IV había en Nacianzo un hombre de costumbres muy puras, aunque pagano, de la secta de los hypsistarios, llamados así porque hacían profesión de adorar al Dios altísimo, en griego *hypsiste*. Este hombre se llamaba Gregorio, y estaba casado con Nona, cristiana muy distinguida por su nacimiento, por su talento y por sus virtudes. Esta fué su mayor felicidad, pues por las exhortaciones de su esposa, y más aún por sus oraciones á Dios y por el espectáculo de su dolor y de su piedad, se convirtió él al Cristianismo. Habiendo oído Santa Nona que el obispo Leoncio pasaría por Nacianzo para ir al Concilio de Nicea, le rogó que se detuviese en su casa, y le confió su esposo á fin de que le confirmase en la santa resolución que acababa de tomar de hacerse cristiano, y le acabase de instruir. Habiendo dejado poco que hacer sobre esta particular á los ministros de la Iglesia el celo de su santa esposa y el cuidado que ella había tenido en darle á conocer la religión cristiana, Gregorio recibió muy pronto el bautismo; y, ¡cosa maravillosa! al salir de la sagrada fuente apareció rodeado de una luz tan extraordinaria, que el obispo de Nacianzo, que le bautizaba, exclamó: «Este hombre va á reflejar una gran luz en la Iglesia, y él será mi sucesor.» (S. Gregorio Nacianzeno, Orat. XIX.) El hecho vino á cumplir la predicción. No contenta Nona con haber hecho de su esposo un gran cristiano, quiso hacer de él un gran obispo. Ella había tenido ya de su matrimonio tres hijos; por consiguiente, aconsejó á su esposo, y obtuvo de él, que viviesen, como dos hermanos, en una completa continencia, y que se consagrasen al Señor por el voto de castidad. Habiendo recibido las órdenes poco tiempo después, fué elevado á la dignidad episcopal en la misma ciudad; y aún cuando comenzó muy tarde sus estudios eclesiásticos, Santa Nona le había inspirado un celo tan grande por las doctrinas católicas, que Gregorio supo preservar su rebaño del error arriano, que infestaba entonces todo el Oriente. Lo que esta mujer admirable había hecho con su esposo, lo hizo también con un éxito todavía más brillante con su hijo primogénito, que se llamaba también Gregorio, como su padre. Apenas le dió á luz, cuando lo ofreció al Señor y puso en sus pequeñas manos la Escritura Santa. Ella no se proponía en este acto otro fin que el de santificarle con el contacto

del Código sagrado; y sin embargo, ella anunció por este acto, sin apercibirse de ello, lo que este niño había de ser después: el más grande intérprete de este libro divino. Desde sus primeros años le inspiró ella el mayor horror al pecado y el más grande amor á la virginidad, y de este modo hizo de él un ángel de pureza. Siendo todavía muy joven, tuvo un día un sueño misterioso, él creyó ver á su lado dos jóvenes de la misma edad, de una rara belleza, vestidas de blanco, sin adornos y con la mayor modestia. Ellas le acariciaban como á su hijo. Arrebatado de gozo, les pregunta su nombre; la una de ellas le dice: «Yo me llamo *Castidad*»; y la otra. «Yo me llamo *Templanza*. (S. Greg. Naz., Cánón i.) Nosotras estamos siempre ante el trono de Jesucristo, en compañía de las milicias celestiales; vén con nosotras, y te elevarémos á la luz de la Trinidad inmortal.» Dicho esto, se elevaron al cielo, y siguiéndolas con la vista, despertó, y desde entónces se consagró al Señor con el voto de virginidad.

Después de haber conseguido la santa madre formar el corazón de este hijo de bendición para la piedad y la virtud, se apresuró á formar su espíritu con el estudio de la literatura y de las ciencias, á fin de que pudiese servir á la Iglesia tanto por su saber como por sus ejemplos. Ella le envió primero á Cesárea para estudiar la Retórica, y después á Atenas para aprender la Filosofía. La juventud que estudiaba en estas dos ciudades era muy corrompida; sin embargo, el joven Gregorio, no olvidando los consejos de su madre ni las prácticas religiosas que ella le había enseñado, se conservó intacto y no tuvo más amigo íntimo que Basilio, que en su juventud mostraba también la pureza de un ángel y la gravedad y la sabiduría de un anciano; porque las grandes almas, lo mismo que los grandes talentos, se adivinan y se comprenden cuasi sin hablarse. Este joven Basilio fué después San Basilio el Grande, tan grande como San Gregorio Nacianzeno en el mundo y en la Iglesia, y el amigo más tierno de toda su vida. Santa Nona no fué menos dichosa con sus otros dos hijos. Éstos fueron San Cesáreo, que empleado en el palacio del emperador Juliano, rehusó su empleo y se expuso al odio de este tirano cuando se declaró apóstata del Cristianismo; y Santa Gorgonia, el modelo de las esposas cristianas. San Gregorio, su hermano, hace el panegírico de ellos (Orat. II), y la Iglesia los cuenta en el número de los santos. ¡Ved aquí, pues, una familia

entera, padre, madre é hijos, santificada por la santidad y el celo de una mujer! De este modo dió Santa Nona, en la persona de su hijo San Gregorio, uno de los más grandes doctores á la Iglesia.

El mismo San Basilio, ese prodigio de inocencia y de penitencia, de la ciencia sagrada y de todas las ciencias profanas, y de celo y de fortaleza en la confesión y en la defensa del dogma católico; San Basilio, ese insigne doctor que tanto ilustró la Iglesia, fué también obra de la providencia de Dios, pero por el auxilio de la mujer. Su padre se llamaba también Basilio, y su madre Emelia, y los dos se cuentan en el número de los santos. San Basilio el padre descendía de padres cristianos, que, desterrados por Jesucristo á las selvas del Ponto, habían muerto todos ellos en la confesión de la fe, á excepción de Santa Macrina, su tía, que había sobrevivido milagrosamente á sus tormentos. El padre de Santa Emelia había sufrido también el martirio en la persecución de Galerio. Tales eran los abuelos y los padres de San Basilio, el doctor de la Iglesia.

Su tía, Santa Macrina, había sido instruida en la religión por San Gregorio Taumaturgo, y vivía aún cuando el pequeño Basilio vino al mundo. Por consiguiente, su santa madre, que quería hacer de él un santo, después de haberlo ofrecido á Dios, lo confió todavía niño á esta mártir viviente de la fe, y ella fué quien le sirvió de madre, quien le dió su primera educación, y le instruyó en las puras doctrinas de la fe y en los sentimientos de piedad que ella había aprendido en la escuela de San Gregorio. (San Gregorio Naz. Orat. xx.) Más tarde reconoció San Basilio como uno de los más grandes beneficios de Dios haber sido educado por tal mujer, y se gloriaba de ello. Su padre, hombre sabio y cristiano fervoroso, quiso servirle de preceptor en la literatura, mientras que Santa Macrina y Santa Emelia le afirmaban en la religión y en la santidad con sus instrucciones y sus cuidados. Bajo la dirección de tales maestros no es extraño que á la edad de diez y ocho años fuese ya Basilio un verdadero santo, de tal modo, que, enviado á Atenas para completar sus estudios, se atrajo la estimación y la admiración de todos sus compañeros, y la amistad de San Gregorio Nacianzeno, tanto por la elevación de su espíritu como por la severidad de sus costumbres. Otra mujer contribuyó tanto como su tía y como su madre á formar el espíritu y el corazón de San Basilio: ésta fué su hermana, la mayor de los diez hijos que Basilio el padre y Emelia tuvieron de

su matrimonio. Ésta se llamaba también Macrina, como su tía, para perpetuar así en la familia la memoria de las virtudes de aquella fervorosa cristiana. En efecto, la pequeña Macrina copió en sí la santidad de su tía, y sus hermanos debieron también á sus instrucciones y á sus sublimes ejemplos sus progresos en la santidad; porque estos diez hijos fueron todos santos, y cinco de ellos se veneran en los altares, que son: Santa Macrina, virgen; San Basilio, obispo de Cesárea y doctor de la Iglesia; San Gregorio, también doctor y obispo de Niza; San Pedro, obispo de Sebaste, y San Navarcino el Solitario.

Santa Emelia, dichosa por haber formado esta familia de santos, de obispos y de doctores con el auxilio de su tía y de su hija, después de la muerte de su santo esposo se retiró, en compañía de Santa Macrina, á un monasterio, donde la madre y la hija continuaron, con sus inspiraciones y sus ejemplos, encaminando á todos los miembros de esta familia privilegiada á la más alta perfección, sosteniéndolos en sus combates, y excitando su celo para la defensa de la religion. Cuando murió Santa Emelia de una edad muy avanzada en el monasterio, no tuvo á su lado nada más que á Santa Macrina, su primera hija, y á San Pedro, obispo de Sebaste, su hijo menor. Hallándose cada uno de ellos á un lado de su lecho, la santa madre, tomándolos de la mano y elevando sus ojos al cielo, dijo: «Señor, yo os ofrezco, según vuestra ley, las primicias y el diezmo de mis hijos.» (S. Greg. Naz., *in Vit. S. Macrin.*)

La muerte de Santa Macrina, su hija, no fué menos preciosa á los ojos del Señor. Habiendo afligido profundamente la muerte de San Basilio á su hermano San Gregorio de Niza, fué éste á ver á su hermana para recibir de ella algún consuelo; pero la encontró enferma con una fiebre muy violenta. Ella no tenía otro lecho que una tabla, y otra tabla atravesada por su cabecera. Su conversacion recayó sobre la muerte de su comun hermano, y San Gregorio, que lo amaba tiernamente, no pudo contener su emoción y prorumpió en llanto. Pero Santa Macrina, á quien la violencia del mal no privaba de su gran espíritu de fe y de su valor, procuró consolarle con un sublime discurso sobre la providencia de Dios, sobre el estado de las almas después de la muerte y sobre la vida futura. San Gregorio sintió tanto consuelo como emoción. Él creía oír hablar, no á su virgen hermana, sino á un doctor. Él conservó tan bien este

discurso en la memoria, que cuando volvió á su casa compuso de él su admirable *Tratado del alma y de la resurrección*, que se ha conservado. Se ve, pues, que muchas obras de los Padres de la Iglesia son debidas á la mujer católica, que las inspiró ó que suministró el pensamiento y el fondo de ellas.

Al día siguiente de este coloquio recibió Santa Macrina los sacramentos de los moribundos, y sintiéndose próxima á morir, dijo á San Gregorio: «Hermano, cuando muera, te pido que me cierres tú mismo, con tus dedos consagrados, los ojos y la boca.» Éstas fueron sus últimas palabras; porque oyendo á sus hermanas cantar las vísperas, se unió á ellas para cumplir en lo posible, hasta su último momento, este deber. Se puso, pues, á orar, pero con una voz tan débil, que apenas podía entenderse. Sin embargo, ella juntaba las manos y hacía la señal de la cruz sobre sus ojos, sobre su boca y sobre su corazón; y finalmente, en el momento mismo en que se acabó la oración de la tarde en la Iglesia, hizo ella una gran señal de la cruz sobre su rostro, y entregó su espíritu á Dios.

Se hallaban presentes una viuda distinguida, llamada Vestiana, y la diaconisa Lampadia, que habían cuidado á la santa enferma. San Gregorio les pregunta si su santa hermana había dejado algún hábito nuevo para amortajar su cuerpo, según costumbre. Lampadia responde llorando: «¡Ay, santo obispo, ella no tenía lo que pedís! ¿Veis ese manto roto, ese viejo velo que cubre su cabeza, y esas sandalias usadas? Pues ésa era toda su riqueza.» San Gregorio se vió, por consiguiente, en la necesidad de dar uno de sus mantos para envolver el santo cuerpo. Arreglando Vestiana la toca de la difunta, le quitó el collar que tenía puesto y lo mostró á San Gregorio. Era un cordón basto, del que pendía una cruz de hierro y un anillo del mismo metal, que la noble esposa de Jesucristo llevaba siempre sobre su corazón. El santo obispo quiso dividir esta herencia; él tomó el anillo para sí y dió la cruz á Vestiana, que le dijo: «Vos habeis elegido bien»; porque el anillo estaba hueco y contenía un pedacito de la verdadera cruz.

Pasaron toda la noche cantando salmos, como en las fiestas de los mártires. Cuando amaneció, acudió por todas partes una multitud inmensa para venerar los restos mortales de la ilustre virgen cuya piedad y cuya caridad habían formado la gloria y la ventura de toda la comarca. El obispo de la diócesis se presentó con todo

su clero. Se ordenó el pueblo en dos coros: los hombres con los monjes, y las mujeres con las vírgenes del monasterio. San Gregorio y el obispo diocesano cargaron con el ataúd donde reposaba el santo cuerpo, ayudados de los dos principales del clero. Dos filas de diáconos y de ministros iban delante del cuerpo con hachas de cera encendidas. Cantaban salmos á una voz, de un extremo á otro de la inmensa procesion. La multitud era tan grande, que no podían caminar sino con mucha lentitud; de modo que fué necesario emplear cuasi todo el dia para recorrer la distancia de una legua, que separaba el monasterio del lugar de la sepultura. Esta era la iglesia tan célebre de los *Santos cuarenta mártires*, á la que profesaba una devocion especial toda la familia de la Santa. Su padre Basilio y su madre Emelia estaban sepultados en ella. Cuando llegaron á la iglesia, San Gregorio hizo abrir la tumba de su familia, y ayudado del obispo colocó el cuerpo de Santa Macrina, como ella lo habia deseado, junto al cuerpo de Santa Emelia, su madre. Concluido todo, se postró San Gregorio sobre la tumba, y con una veneracion profunda besó el polvo de ella. Tenemos estas particularidades tan edificantes, del mismo San Gregorio de Niza, que se hizo el historiador y el panegirista de su santa madre y de su santa hermana, y que en nombre de la Iglesia, y en compañía de otros ministros de la Iglesia, les tributó los más grandes honores. Estos homenajes eran debidos con justicia á aquellas dos mujeres, que habian formado á dos doctores de la Iglesia, y que habian dado á la Iglesia una legion de santos.

§ XX.—Continuacion del mismo asunto.—Cómo Antusa educó á San Juan Crisóstomo, su hijo.—Santa Olimpiades y otras santas mujeres compañeras suyas.—Sus virtudes, su afecto sublime á San Juan Crisóstomo y á la Iglesia.—Santa Olimpiades encargada por su santo obispo del cuidado de la Iglesia de Constantinopla.—San Juan Crisóstomo fué sostenido y justificado sólo por la Santa Sede y por las mujeres.

San Juan, llamado despues Crisóstomo, ó Boca de Oro, por su admirable elocuencia, debió tambien al amor cristiano de Antusa, su madre, sus sublimes sentimientos de fe, el desarrollo de todas las facultades y, en una palabra, todo cuanto contribuyó á hacerlo tan grande en la Iglesia. Habiendo quedado viuda Antusa á la edad

de veinte años, renunció á un nuevo matrimonio, que la hubiera hecho feliz segun el mundo, para consagrar todos sus cuidados y toda su vida á la educacion de su hijo único. Su primer cuidado fué el de grabar profundamente en el alma de su hijo los principios de la religion, el amor á la pureza, el desprecio de las cosas de la tierra y el deseo de los bienes del cielo. Al mismo tiempo nada omitió, ni áun las más duras privaciones, para atender á los gastos de la instruccion de su hijo en la Retórica, en la Filosofía y en todas las demas ciencias. Dios bendijo los sacrificios de esta madre cristiana. Siendo Juan todavía jóven, se hizo admirar por su alejamiento del mundo y por su amor á la soledad, adonde iba á refugiarse, á pesar de su madre, que, creyendo ver en su hijo una lumbrera capaz de esparcir un dia una gran luz en la Iglesia, no podia resignarse á verle ocultarse bajo el celemín de la vida monástica.

San Juan Crisóstomo dice que las mujeres pueden tomar parte, lo mismo que los hombres, en los combates por la causa de Dios y de la Iglesia. (Epist. 124, *ad Ital.*) Pues bien, la vida entera del mismo Santo es prueba brillante de la verdad de esta observacion. Educado por una mujer con la mayor perfeccion, las mujeres fueron tambien quienes le hicieron conocer y apreciar, y quienes le hicieron elevarse al lugar, que le correspondia, de la primera silla episcopal de la Iglesia, despues de la de Roma; ellas tambien participaron de sus luchas, y le sostuvieron en sus combates por la causa de Dios y de la Iglesia. Su madre, que vivia aún, viéndole obligado por la córte á transigir con el cisma, le exhortó valerosamente á que se desterrase por su voluntad, ántes que hacer una cosa indigna de un obispo católico. (Chrysost., Epist. 137.)

Existia en Constantinopla una jóven de un elevado nacimiento, inmensamente rica, recomendable por su rara belleza, y mucho más por los conocimientos de toda especie que adornaban su espíritu, y por todas las virtudes cristianas que embellecian su corazón. Habiendo quedado viuda de Membridio, prefecto de la capital del Imperio, á los veinte meses de su matrimonio, Olimpiades, que éste era su nombre, resolvió no tener en adelante más esposo que Jesucristo, más hijos que los pobres, ni más objetos de sus cuidados y de su afecto que la Iglesia, á la que se dedicó totalmente, despues de haber recibido la imposicion de las manos de las diaco-